

El ascensor mágico

Magda Uzcátegui Armas

Ilustraciones
Ludwianna Piñero Pereira



Colección Cocuyos de Cristal
Serie Cuento





**Gobernación del Estado
Bolivariano de Mérida**

Ramón Guevara
Gobernador

**Instituto Autónomo de
Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado
Bolivariano de Mérida
IBIME**

Libis Uzcátegui
Presidenta

Lourdes Lobo
Directora

Zaida Contreras
*Coordinadora
Red de Bibliotecas Públicas
Mérida*



El **Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo** es una dependencia del Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas del Estado Mérida (IBIME) que se encarga de ejecutar la política editorial de esta institución. Tiene como objetivo ***promover y animar a la lectura y la escritura a través de la producción editorial***, así como la organización de actividades de difusión cultural.

Nuestras colecciones:

Colección Cocuyos de Cristal. Dedicada a la literatura escrita para niños, niñas y jóvenes en las series de poesía, cuento, novela y teatro escolar.

Colección Juan Félix Sánchez. Destinada a difundir la cultura de los pueblos del estado Mérida con las series crónica, historia local, memorias, biografía y patrimonio.



El ascensor mágico

Magda Uzcátegui Armas



COLECCIÓN **Cocuyos de Cristal**
SERIE **Cuento**

Nota editorial:

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida-Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

© Magda Uzcátegui Armas, 2020.

© Ludwianna Piñero Pereira (ilustraciones), 2020.

© Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME, 2020.

Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,
entre Avs. Gonzalo Picón y Tulio Febres Cordero.
Mérida, Venezuela.

Telfax: 0274-2623898

Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com

ibime.merida.gob.ve

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

Coordinación editorial y edición: **Ennio Tucci**

Diseño Gráfico: **América Latina Rodríguez**

Ilustración y promoción: **Ludwianna Piñero Pereira**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

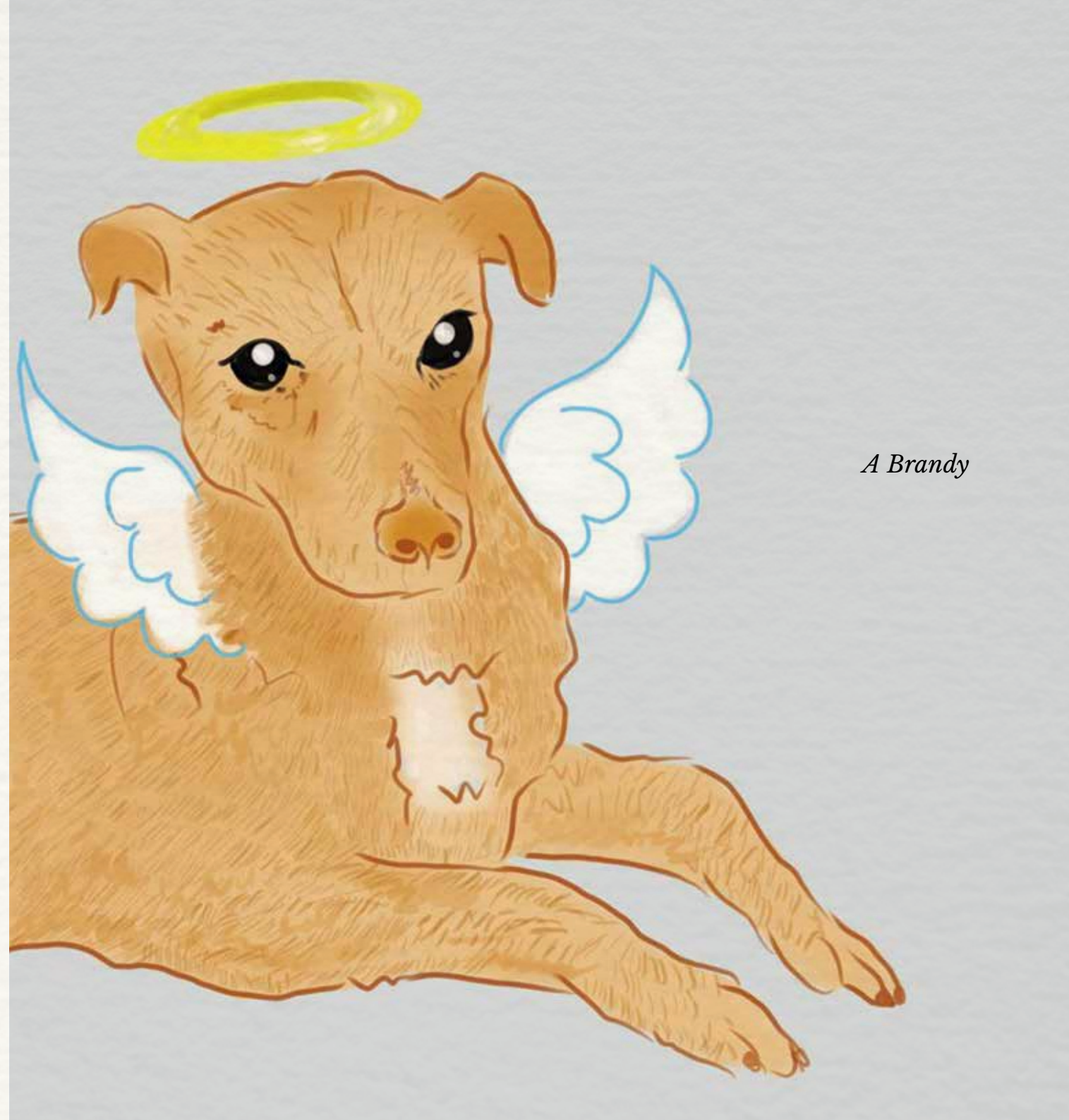
Depósito legal: ME2020000321

ISBN: 978-980-7860-12-3

Encuentra este y otros libros en:

<https://issuu.com/fondoeditorialcarmendeliabencomo>

<https://carmendeliabencomo.wordpress.com>



A Brandy



–Agarra la caja más pequeña que esa no pesa tanto –le dice Magaly a su hijo mientras ella toma varias bolsas del piso.

–Sí mamá –responde Leo, mientras agarra la caja que se encuentra en el asiento trasero del vehículo.

–¡Brando, ven! –llama y un perro Basset Hound blanco con su respectiva mancha negra en el torso y sus orejas que prácticamente caen al piso, sale disparado del carro oliendo todo a su alrededor.





Leo es un niño de 11 años de tez blanca y alborotados cabellos castaños que delatan cierto desdén en su apariencia física, típica de los niños de su edad.

–¿Cuántas veces te he dicho que te peines cuando vayas a salir a la calle? –dice Magaly mientras le pasa los dedos por su alborotada melena.

–Ay mamá –dice Leo con claro fastidio.

–No creas que porque tu papá no está aquí te vas a salvar. Mañana te llevo yo misma al barbero.

–Pero no lo quiero tan corto.

–No tan corto, pero que por lo menos te quiten esos rulos sin forma que tienes ahorita cerca de la cara.

–¡Ah! ¡Al fin en casa! ¡Qué te parece nuestro nuevo hogar?
–dice Magaly mientras abre la puerta y mira ante sí la casa prácticamente vacía con solo algunas cajas en el piso.

–Es muy bonita –responde Leo.

–¡Brando, cuidado con las cajas!

Brando entra oliendo y husmeando todo mientras mueve su cola sin parar en señal de curiosidad y alegría por su nuevo aposento.



–Aquí nos va a ir muy bien, ya verás
–dice Magaly con una amplia sonrisa–.
Tu papá llegará la otra semana, mientras
tanto, tú y yo iremos abriendo las ca-
jas pequeñas y luego abriremos las más
grandes cuando él llegue. Voy a preparar
la cena, deja esa caja allí por favor y ve a
cambiarte hijo.

–Ok ¡Brando, ven! –dice Leo mien-
tras deja la caja en el piso y va a su nuevo
cuarto a cambiarse. Brando entusiasma-
do, va detrás de él.

Una nueva vida está a punto de co-
menzar para los Quintero. Recién muda-
dos a la urbanización El Carrizal, Leo y
sus padres buscan cambiar de ambiente
y tener un lugar más amplio donde vi-
vir junto con su otro miembro familiar:
Brando.





Leo, aún soñoliento, se levanta con mucha pereza. Es sábado y normalmente él duerme hasta muy tarde ese día. Magaly no le reprocha el asunto precisamente porque es sábado, ya que si fuera cualquier otro día de la semana, se comportaría como toda una militar a la hora de levantarlo.

Leo se acerca a la sala más dormido que despierto, mientras que su madre ya se encuentra abriendo y examinando las cajas.

–¡Ah hijo, buen día! ¡Cómo amaneces?

–Hoo...oola ma –responde Leo con pereza.

–Me levanté temprano, hice el desayuno, comí y me puse a revisar las cajas. Hay algunas por allí que son tuyas así que más tarde debes ordenarlas. Ah, y recuerda que esta tarde, sin falta, iremos al barbero.

–Ok ma, yo...

–Ve a arreglarte para que desayunes y te pongas a acomodar tus cosas –interrumpe Magaly–, hay mucho que hacer hoy, además debes llevar a pasear a Brando para que conozca el parque y también deberías ayudarme en el jardín pero podrías...

Magaly sigue absorta en su monólogo, está muy emocionada con su nueva casa. Leo escucha su voz cada vez más y más lejos, aún está más dormido que despierto. Se va alejando poco a poco de la sala hasta desaparecer por completo y su madre ni siquiera se da cuenta; continúa caminando lentamente hacia el baño cuando Brando se le mete entre las piernas haciéndolo tambalearse de un lado a otro.

–¡Brando! –exclama Leo tambaleándose.

–¡Brando, casi me haces caer! –le reclama Leo mientras Brando se le coloca en frente suyo moviéndole la cola en señal de saludo y jugueteo. –Ah, Brando, ven acá amigo ¿Cómo puedo molestarme contigo? Jajaja –le dice riendo mientras se agacha y Brando le lame cariñosamente la cara.– Esta tarde te llevaré al parque para que lo conozcas mientras yo monto bicicleta ¿sí? –Brando le ladra en señal de aprobación mientras Leo le toca las orejas.

–Hijo ¿ya te cepillaste? –grita a lo lejos su madre.

–Voy a eso ma.

–Apúrate que quiero que desayunes para que luego empieces a llevar tus cajas a la habitación.

–Sí, sí, ya voy ma –dice fastidiado

–Si te pones a jugar con Brando no te va a dar tiempo de hacer nada, Leo.

–Sí mamá, ya lo sé... Diossss –dice ya molesto.

–No hay necesidad de alzar la voz jovencito.

–Disculpa ma –dice Leo en tono algo forzado.

–Apúrate entonces... ¡Brando, ven!

Y Brando se va rápidamente a la sala.







Son casi las dos de la tarde y Leo toma su bicicleta para salir a pasear.

Brando, que está recostado sobre sus patas delanteras en un lugar sombreado fuera de la casa, levanta inmediatamente su cabeza y se dirige hacia donde está Leo. Leo monta su bicicleta y comienza a pedalear rápido, está fascinado, a él le encanta correr en bicicleta, pero tenía varios días sin siquiera poder tocarla debido a la mudanza. Brando también está emocionado, se le une en la carrera y corre a su lado mientras ambos aceleran cada vez más el paso.

Magaly, quién está en la cocina, logra verlos y sale rápidamente al patio:

- Leooo, recuerda venirte rápido, mira que tenemos que ir al barbero.
- Sí, mamá –grita Leo sin siquiera verla.
- Cuida a Brando, acuérdate que él no conoce esta zona.
- Sí, maaa.

Leo sigue pedaleando sin parar. Brando emocionado, se le adelanta y se interna de una vez en la grama olfateando todo a su alrededor corriendo emocionado de un lado a otro explorando el lugar.

–¡Brando, ven, vamos a ver qué hay por aquí! –le dice Leo mientras toma un caminito que pareciera conducir a una parte más escondida del parque. Brando deja de escudriñar con su olfato y corre hacia donde está él.

Ambos se internan en el caminito rápidamente. No saben hacia dónde conduce, pero no parece ser parte del parque. Brando vuelve a adelantársele a su dueño, y corre hacia un matorral que está justo al lado de una gran piedra. Leo llega al mismo sitio y se detiene.



–Qué viento tan frío hace aquí –dice mientras mira todo a su alrededor. Aunque no cabe duda alguna de que ese lugar es también parte del parque, el sitio es frío y transmite una sensación extraña–. Es bastante silencioso acá, ven Brando, mejor salgamos de aquí, creo que estamos muy lejos de casa.

Pero Brando continúa fascinado olfateando y examinando el matorral con el que se encontró desde un principio.

–Ven Brando, vamos al otro lado del parque, este sitio no me gusta –dice Leo disponiéndose a irse, pero Brando hace caso omiso al llamado de su dueño y más bien se pone a excavar cerca del matorral– ¡Brando! ¡Vente!

Brando sigue entretenido excavando, pareciera que buscara algo.

–Brando ¿qué haces? Vámonos.

Brando continúa excavando cuando de repente, se abre un hueco en la tierra, Brando cae varios metros hacia abajo y el hueco se cierra de inmediato.



–¡BRANDO! –grita Leo desesperado bajándose de la bicicleta y corriendo hacia el matorral– ¡BRANDO! ¡BRANDO! ¿DÓNDE ESTÁS? –grita mientras mueve la tierra desesperadamente con sus manos y nota que bajo tierra, se escuchan los ladridos de Brando. ¡BRANDO! ¡BRANDO! –Leo sigue gritando consternado. Pero justo en ese instante se abre la tierra y absorbe a Leo!

– ¡AHHHHH! –Leo siente que va cayendo pero no ve absolutamente nada, todo está totalmente oscuro. Sin embargo los ladridos de Brando los escucha cada vez más cerca hasta que ¡PLAS! Cae al piso.

Leo trata de levantarse pero Brando se le acerca y comienza a lamerle la cara.

–Brando, Dios mío ¿Qué pasó? ¿Dónde estamos?

Leo siente un fuerte olor a tierra húmeda en el lugar, todo está oscuro, sin embargo, se logra ver una luz tenue a unos cuantos metros.

– ¿Cómo rayos vamos a salir de aquí? Y ¿Qué es aquella luz? Ven Brando, será mejor que vayamos a averiguar.





Leo se levanta y comienza a caminar hacia donde está la luz. El lugar es muy oscuro y sólo se ve tierra por todas partes, pareciera como una pequeña cueva deshabitada. Leo camina rápido sin detallar mucho el lugar, solo quiere llegar rápido a la luz.

A medida que Leo se acerca, nota que la luz ilumina dos compuertas metálicas pegadas.

–¿Qué es esto? ¿Un ascensor? Pareciera que sí.

Leo apresura el paso pero Brando camina aún más rápido, llega hasta las compuertas y comienza a olfatearlas. Al llegar, Leo comprueba que las compuertas, efectivamente pertenecen a un ascensor.

– Es un ascensor pero... ¿Qué hace esto aquí? ¿Qué lugar es este? ¡Qué extraño es todo esto!

De repente Brando deja de curiosear con su olfato, se para frente al ascensor y comienza a ladrarle. El eco de su ladrido retumba en el lugar.

–¡Shhhhh! ¡Me estás atormentando!

Leo mira hacia la derecha y ve un botoncito blanco de forma triangular, es el tipo de botón que se utiliza para llamar el ascensor. Leo decide hundirlo, y se escucha un fuerte ruido como cuando una máquina grande se enciende. Varios botones de colores se encienden en la parte superior del ascensor: rojo, verde, amarillo, azul y morado.

Brando del susto se echa hacia atrás y sigue ladrando.

– ¡Ah ¡Qué hice?! –dice Leo confundido por todo aquel escándalo que hay ahora allí gracias a él.

Los colores comienzan a cambiar en forma descendente: morado, azul, amarillo, verde y finalmente, rojo. Todo queda en silencio, sólo se escuchan los ladridos de Brando que aún no entiende lo que sucede. Leo está inmóvil, el color rojo sigue alumbrando ¿se va a abrir el ascensor? ¿Qué va a pasar? Leo contiene la respiración y de repente ¡PAM! Se abren las puertas del ascensor.



Brando, desconcertado, brinca varios metros hacia atrás. Leo se queda inmóvil mirando con desconfianza hacia adentro, pero se arma de valor y entra detallando todo a su alrededor. Leo puede notar que es un ascensor bastante grande, con mucho espacio en su interior y que posee un bombillo en el techo de no mucha intensidad.

Brando, un poco asustado, entra también y comienza a oler el piso.

– ¿Un ascensor subterráneo? ¡Qué extraño! –dice Leo mientras continúa examinando el elevador.

De repente Leo mira hacia su izquierda y ve unos botones de colores, iguales a los de afuera: rojo, verde, amarillo, azul y morado. El color rojo está iluminado, indicando entonces que está en ese “piso” por así decirlo.

– Colores en vez de pisos, hmmm.

Pero Leo en su afán de curiosidad, se pregunta:

– ¿Será que cada color lo lleva a uno a un lugar diferente? ¿A qué sitios me llevará? Leo lleva su dedo índice un tanto temeroso al color morado y ¡lo hunde!

Las puertas del ascensor se cierran de golpe, el ascensor se pone en marcha pero el impulso del arranque es tan fuerte, que Leo y Brando salen disparados hacia atrás y se golpean con una de las paredes. Brando, de los nervios, comienza a ladrar.

– ¡Ahhhh! ¡Este ascensor es como loco! ¡Brando, me atormentas!

Brando continúa ladrando, está muy confundido con todo aquello.

Leo siente que va a una velocidad muy rápida. Mira los botones: verde, amarillo, azul, todos van pasando muy rápido hasta que de repente... ¡Morado! Y el ascensor se detiene de manera tan brusca, que Leo y Brando ahora salen disparados hacia al frente y se golpean con las puertas del ascensor.

– ¡Ahhhhh! –se queja Leo mientras Brando se incorpora rápidamente.

Leo se levanta y da un paso hacia atrás, quiere estar prevenido, siente que el ascensor es muy impredecible. Brando camina hacia atrás y se pone en señal de alerta al lado de Leo. Las puertas deberían abrirse en cualquier momento pero sin embargo, no pasa nada.



–Ah, lo que faltaba, que nos quedemos aquí encerrados ¿te imaginas? –dice Leo dirigiéndose a Brando y este le lanza un ladrido.

En ese instante, Leo escucha unas voces tras la puerta. Se acerca para pegar su oreja en la fría superficie metálica. No logra descifrar que es lo que dicen, pero si logra escuchar que son dos voces femeninas: la de una mujer y una niña.

Brando lanza otro ladrido para llamar la atención de su dueño, Leo pega un brinco:

–¡Shhhhh! ¡Estoy tratando de oír!

Brando obedece y se queda tranquilo. Leo vuelve a pegar la oreja en la puerta pero justo en ese instante se abren las compuertas de golpe y Leo cae al piso! Brando pega un pequeño brinco y sale corriendo del ascensor.

– Brando, Brando –dice Leo en voz baja pero Brando no hace caso y comienza a olfatear todo lo que encuentra a su alrededor. Leo se levanta asombrado y mirando todo a su alrededor:

– ¿Dónde estamos?

Todo apunta a que se encuentran en una habitación de una casa. Parece ser el cuarto de una niña, hay muchos peluches y muñecas de adorno en varias repisas y la peinadora. No tiene ni idea de dónde está pero sigue observando con sumo detalle todo lo que hay en ese cuarto.

Pero en ese momento ise cierra de golpe el ascensor! y Leo ve con sorpresa que el mismo está situado detrás de la cama de esa habitación y sus puertas forman parte de la pared del cuarto, lo cual lo hace imperceptible.

–¡Ahhh! ¿Y ahora? ¿Cómo volveremos a casa? Y ¿Qué lugar es este? ¿Dónde estamos? –dice ahora como cayendo en sí.

Y en ese momento se vuelven a escuchar las voces, él, asustado balbucea:

– ¡Pssss, Brando, ven, ven! –le dice mientras se comienza a meter debajo de





la cama y le hace señales a Brando para que lo siga. Brando obedece de inmediato y se mete debajo de la cama junto a él.

Leo ve unos elegantes zapatos blancos de una mujer morena que entran al cuarto, seguidos por otros pies más pequeños de piel negra que calzan unos zapatos deportivos rojos. Ambas personas conversan:

– Kathy, dijiste que ibas a arreglar tu cuarto –dice la mujer de zapatos blancos–. Mira, la peinadora está desordenada, ordénala rápido antes de que lleguen tus primos.

– Si mamá, ya lo haré.

– Apúrate que dentro de un ratito hay que pasear a Cereza –dice la mujer mientras sale de la habitación.

– Si mamá –dice la voz de la niña del calzado rojo, mientras comienza a caminar de un lado para otro y se escucha como si estuviera sacando y guardando cosas de varias gavetas.



Leo solo logra ver parte de las piernas vestidas de jean que van de un lado a otro por toda la habitación. Leo respira fuerte, no tiene ni idea de quiénes pueden ser esas personas ni de dónde está y por nada del mundo quiere ser visto. Brando al igual que Leo, solo mira en silencio cómo los zapatos rojos van y vienen, van y vienen.

– Kathy –dice Leo en voz baja– al parecer aquí vive una niña llamada Kathy junto con su mamá pero ¿Dónde rayos estamos? ¿Qué sitio es éste?

En ese momento una voz grita a lo lejos:

- Kathyyy, hija voy al supermercado, ya vengo.
- Está bien, mamá –replica la niña.

Se escucha una puerta que se cierra y los zapatos rojos salen corriendo de la habitación. Leo ve como las piernitas se alejan de donde ellos están y se pierden de vista.

– ¿Será que aprovechamos de salir ya? ¡Ven Brando, salgamos rápido antes de que alguien vuelva, pero eso sí, sin hacer ruido!

Brando lo mira en silencio como si entendiera lo que le acababa de decir, Leo le dirige una última mirada y ambos salen rápidamente de su escondite! Leo comienza a tocar la pared por donde se cerró el ascensor.

– ¿Por dónde entramos? ¿Por dónde fue que entramos? – pregunta desesperado mientras toca la pared y Brando olfatea con sumo cuidado. ¿Por dónde fue? ¿Por dónde fue?

Leo no ve nada que indique aberturas o algo por el estilo, la pared luce ahora totalmente normal.

– ¡Imposible! –dice Leo con impotencia– ¡Sé que entré por aquí! ¡Sé que entré por esta pared, pero ahora no veo nada! ¡Esto es imposible! ¿Cómo volveremos a casa? Y justo en ese momento, Leo mira a su derecha y ve una ventana que da hacia la calle, la ventana está totalmente abierta y puede leerse un letrero al frente que dice: “Ferretería Ejido”.

– ¿Qué? ¿Ejido? ¿Estamos en Ejido? Pero...pero... –Leo no lo puede creer, ¡el ascensor lo trasladó de un municipio a otro así no más? ¿Qué es realmente lo que está sucediendo allí? Leo está tratando de asimilar todo aquello cuando en ese momento entra en la habitación Kathy, la niña de los zapatos rojos.



– ¡AHHHHHHHHH! ¿QUIÉNES SON USTEDES? ¿QUÉ HACEN AQUÍ? ¿CÓMO ENTRARON ACÁ? ¿QUÉ QUIEREN? –pregunta Kathy sin respirar.

Brando inmediatamente comienza a ladrarle y justo en ese instante, entra a la habitación una perrita blanca pequeña de raza puddle que comienza a ladrar también.

– ¡Ah, Cereza! –dice Kathy.

El extraño momento se convierte en un concierto de ladridos entre Brando y Cereza. Leo y Kathy no saben qué hacer, pero lo primero que se les ocurre es mandar a callar a sus perros:

– ¡Ya, Brando!

– ¡Ya, Cereza!

Para sorpresa de ambos, Brando y Cereza se callan de inmediato y Kathy y Leo se miran sorprendidos; ni ellos mismos pueden creerlo. Pero Kathy cae en sí y vuelve a preguntar:

– ¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? Y ¿Por qué trajiste a tu perro? ¿Qué quieres? ¿Qué...?

– ¡Espera! –le interrumpe Leo.

Kathy se queda en silencio mirándolo fijamente. Leo quiere explicarse pero no sabe por dónde empezar.

– Ehhh, bueno...mi... mi... mi nombre es Leo y... vivo en el Carrizal. Yo estaba con Brando, mi perro, en el parque cuando de repente él empezó a excavar, se cayó en un hueco, yo lo seguí, me caí también y luego vimos que estábamos como en una cueva o algo así, y allí vimos un... un... ascensor...

Kathy lo mira ahora con los ojos muy abiertos, Leo no sabe si ella le cree o no pero continúa con su relato.

–... y... mira... yo sé que no debes creermelo, debes pensar que estoy loco o algo por el estilo pero... pero te juro que había un ascensor allí que en lugar de botones con números tenía colores. Yo entré allí por curiosidad y pulsé el color morado y... y... ¡Me trajo hasta aquí! De verdad que no tengo ni idea de qué fue eso ni cómo pasó pero... pero...pero...

– Te creo.

Leo se queda inmóvil, ¿acaba de decirle que le cree?





- ¿Có...cómo?
- Te creo –le responde con aire bastante tranquilo Kathy.
- ¿Tú... tú me... me crees? ¿No... no piensas que estoy loco?
- No, no creo que estés loco. Verás, mamá y yo nos mudamos hace poco a esta casa, y un día, cuando estaba acomodando mi peinadora, la arrimé tan fuerte que golpeó la pared muy duro y justo en ese instante, se abrió un ascensor detrás de mi cama.
- ¿Queeee? –pregunta Leo sorprendido.
- Y tanta fue mi sorpresa y curiosidad a la vez que decidí entrar, miré los botones de colores y pulsé el amarillo. El ascensor se cerró y sentí que iba muy pero muy rápido, y cuando se detuvo, y se abrieron las puertas, vi con sorpresa que estaba en el parque Beethoven.
- ¿Queeee? ¿El parque Beethoven?
- Sí, salí debajo de la estatua, pero del susto me metí de una vez al ascensor y por casualidad pulsé el botón morado. Yo no tenía ni idea de adonde me llevaría pero, menos mal que me trajo de vuelta a casa.
- ¿Y ha sido la única vez que has usado el ascensor?
- Sí... no sé... me ha dado miedo usarlo de nuevo, a veces no sé si volver a arrimar la peinadora para ver si sale el ascensor pero... esa vez todo me resultó tan extraño que decidí no volverlo a hacer.

- ¿Y hace cuánto fue eso?
- La semana pasada.
- Ah, o sea que, al parecer es un ascensor que lo lleva a uno a varias partes de Mérida, cada color es un lugar diferente.
- Pero ¿qué clase de ascensor es ese? ¿Y si lo lleva a uno a otras ciudades, o a algún sitio peligroso?
- ¿Realmente crees eso?

Kathy se queda pensativa unos segundos y responde:

- ¿Tú realmente crees entonces que es un “buen” ascensor?

A Leo le causa mucha gracia lo que Kathy acaba de decir, contiene la risa por unos segundos pero luego no aguanta más y ambos, al mismo tiempo, estallan en risa:

- Pues... –dice Leo– hasta ahora lo que te ha pasado a ti y a mí, no ha sido nada malo ¿o sí?
- No, tienes razón –dice Kathy.

Leo sonrío, y por primera vez, comienza a detallar a Kathy, una niña de unos doce años de edad de piel negra que viste una braga de jean y tiene una larga clineja amarrada con una cinta roja que le adorna su oscura cabellera.



- ¿Cómo te llamas? –inquire Leo.
- Kathy –le dice mientras le extiende su mano.
- Mucho gusto, Leo.
- Ahhh, y esta es mi perrita, Cereza.

Pero ambos, Brando y Cereza están desde hace rato entretenidos oliéndose uno al otro sin que ellos siquiera se hubiesen dado cuenta.



- ¡Linda perrita! ¿Puddle verdad?
- Sí.
- El mío es un Basset Hound, se llama Brando.
- Ahhh ¿esos perros son de origen alemán, cierto?
- No, de Francia. ¡Mira! Parece que Brando y Cereza se llevan bien.
- Sí, ja,ja,ja, así parece.
- Bueno, Kathy, creo que mejor me voy. No imaginaba que nada de esto iba a sucederme y... mamá debe estar esperándome para ir al barbero.
- Entiendo. Bueno, será mejor que te pongas detrás de la cama, voy a arrimar la peinadora, si la empujo con fuerza, debería salir el ascensor como aquella vez.
- Ok, vente Brando –y Brando obedece.

Kathy arrima su peinadora la empuja con fuerza y ¡justo en ese instante se abren las compuertas del ascensor!

- ¡Funcionó! –sonríe Kathy.
- Esto es asombroso, aún no lo puedo creer.
- ¡Yo tampoco.

Leo y Brando ingresan al ascensor, Leo busca el botón rojo,

Se acuerda bien que ese fue el que se iluminó allá en el parque de la urbanización El Carrizal, pero antes, le dirige una última mirada a Kathy, ella le sonríe, él le devuelve la sonrisa, mueve su mano en señal de adiós y Kathy le responde el gesto. Leo se dispone a pulsar el botón pero en ese momento dice sin pensar:

- ¡Podrías ir un día al parque!... bueno... si quieres.
- ¿Cuál? ¿El del Carrizal?
- Sí, es el color rojo, podrías ir mañana... bueno... si puedes.
- ¿Mañana?
- Sí, a las cinco ¿te parece bien?

Kathy se queda pensativa unos segundos.

- ¿Tú... tienes bicicleta? –pregunta Leo.
- No.
- No importa, en mi casa tengo una más, puedes también llevar a Cereza y así ella y Brando pueden jugar mientras tú y yo... –Leo nota que su mente se pone en blanco y no sabe cómo terminar la oración.
- ¿Andamos en bicicleta?
- ¡Sí, sí, eso ja,ja,ja! –ríe nervioso.
- Ja,ja,ja, bueno allí estaré entonces.



- ¡Bien! Digo, bien, hasta mañana entonces.–
- Hasta mañana.

Leo le dirige una última sonrisa a Kathy, pulsa el botón rojo y ¡PLAM! Las puertas se cierran de golpe y Leo y Brando son nuevamente lanzados con fuerza hacia atrás.

- ¡Ahhhh! ¡Qué ascensor más violento!

Ahora los colores empiezan a ascender rápidamente: morado, azul, amarillo, verde y ¡rojo! El ascensor se detiene de forma brusca otra vez. Leo y Brando se golpean con las compuertas, pero esta vez las mismas se abren y ambos caen afuera en la tierra. Brando sale moviendo su cola sin parar, ya sabe el camino. Leo le sigue hasta que llega al lugar de su caída.

- ¿Y ahora? ¿Cómo hacemos para subir?

Pero por casualidad mira a su izquierda y ve a unos pocos metros de él unas escaleritas de barro que conducen hacia arriba.

- ¡Ven, Brando debe ser por aquí!

Ambos suben las escaleritas y ven con gran sorpresa cómo a medida que suben cada escalón, la tierra comienza a abrirse más y más hasta dejar un gran hueco que da hacia el parque.

- ¡Esto es asombroso, no lo puedo creer ¿Quién haría este pasadizo?!

Brando sale corriendo al parque. Leo sale sin apuro y ve que su bicicleta aún está allí tirada en la grama.

- ¡Ahh, mi bicicleta! –dice mientras corre hacia ella, la levanta, se monta y comienza a pedalear. ¡Brando, vente! –y para su sorpresa, Brando obedece de nuevo y corre junto a él rumbo a casa



Al día siguiente

Leo está sentado en la mesa del comedor terminando de comerse una manzana, mira el reloj, son las cuatro y cincuenta y cinco.

– ¡Ya casi es la hora! –da un último bocado, se levanta y corre hacia el patio. Pero cuando se encuentra frente a la puerta se queda allí unos segundos, se devuelve a la mesa, agarra otra manzana, se la mete en uno de los bolsillos de su pantalón y corre hacia la puerta:

– ¡Ya vengo ma, voy un ratito al parque!
– Pero un ratito Leo, no te tardes como ayer –grita a lo lejos su madre.
– Sí, ma.
– Vente antes de que oscurezca.
– ¡Sí, ma! ¡Brando, ven! –Brando está entretenido jugando con un hueso en el patio pero suelta el hueso y sale detrás de Leo.





Leo y Brando llegan al parque y se dirigen hacia el matorral. Brando olfatea aquí y allá como si fuera la primera vez que estuviera en ese lugar. Leo se limita a ir de un lado a otro con su bicicleta mientras espera a que sea la hora y aparezca Kathy.

Pasan varios minutos y Leo mira su reloj, las cinco y cinco.

– Hmmm –se dice Leo– ya debe estar por llegar.

Pero continúan pasando los minutos y Leo comienza a impacientarse. Ya son las cinco y doce, y aún nada de nada.

– Qué extraño ¿acaso se le olvidó?

Entonces decide dar un paseo más largo con su bicicleta para dar más tiempo a Kathy para que aparezca.

– No, mejor me quedo por si no sabe como subir hasta acá y así le indico que use las escaleras de barro –dice recapacitando.

Pero los minutos siguen pasando: cinco y quince, cinco y veinte, cinco y veinticinco ¡cinco y media!, vaya, ya es demasiado tiempo, algo debe haber pasado.

Leo da una última vuelta con su bicicleta por el lugar para darle unos minutos extras a su nueva amiga, pero el rincón continúa silencioso y la tierra sigue sin dar señales de movimiento.

Cinco y treinta y cinco, cinco y cuarenta. Leo se da por vencido.

– Vamos, Brando, ya no creo que venga –dice algo desanimado.

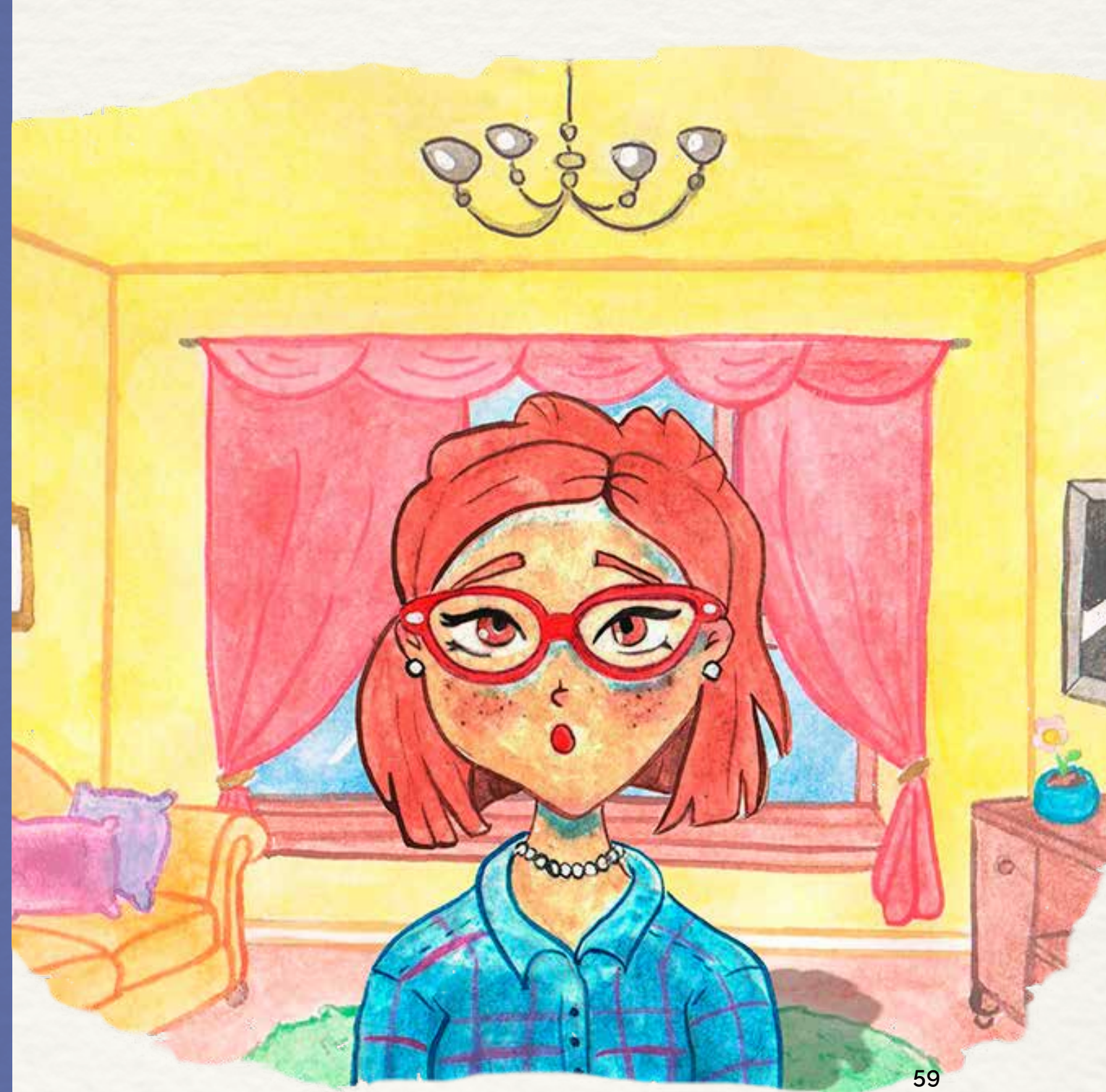
Y Brando sale corriendo detrás de su dueño.

En la noche

Leo se encuentra cenando con su mamá mientras Brando come en un rinconcito de la cocina que Magaly dispuso para él. Magaly habla sin parar mientras Leo se limita a escucharla sin siquiera mirarla. Leo come muy lentamente, como si estuviera en una especie de letargo.

– ¡Leo!

– ¿Ah? –dice alzando la mirada.



- ¿Qué te pasa, hijo?
- Nada, mamá, ¿por qué?
- Desde que llegaste del parque has estado muy callado ¿pasó algo?
- No... no pasó nada.



- Ayer fue todo lo contrario, llegaste muy animado pero hoy, hoy estás muy distinto. ¿Leito ¿te pasó algo?
- En serio mamá no pasó nada, tengo mucho sueño, es todo. Magaly lo mira algo incrédula pero decide no ahondar más en el tema.
- Ok, después que termines de comer arreglas la cocina.
- Ok.

Magaly se levanta y se dirige a su habitación. Brando ya ha terminado de comer, se sienta al lado de Leo y se queda mirándolo.

- Brando, no te voy a dar nada, tú ya comiste, además...

Leo, por casualidad alza la mirada hacia la ventana y ¡ahí está Kathy junto a Cereza en el patio de su casa!

- ¿Kathy? –se pregunta Leo incrédulo y se dirige hacia la puerta.

Leo abre la puerta y Brando sale corriendo a encontrarse con Cereza. Ambos perros comienzan a olfatearse y a jugar entre sí.

- ¡Kathy! ¿Cómo llegaste aquí?
- Leo, no lo vas a creer, Cereza fue la que me guió hasta acá.
- ¿Cereza?
- Sí, disculpa que no pude venir a las cinco. Tuve que salir temprano de casa y llegué hace pocos minutos, entonces decidí venir a ver si por casualidad te veía, y cuál fue mi sorpresa, apenas llegamos al parque Cereza corrió directo hacia acá, no me hizo caso en ningún momento hasta que se detuvo en esta casa. Mire por la ventana y te vi.
- Ah, imagínate, pero ¿cómo hiciste para subir? Allí hay unas...
- Escaleritas de barro que a medida que subes se abre la tierra y sales, ja,ja,ja, cuando las vi, pensé que era la única manera de poder salir de allí.
- Que bien que las viste porque yo en la tarde me quedé un rato por si...
- Leo ¿dónde dejaste la...? –interrumpe su madre parándose en seco al ver a Kathy– Ah...eh... yo... no sabía que estabas con alguien, hijo.
- ¡Mamá! Ehhh... ella es... ¡Kathy! Una, una... ¡amiga del colegio!
- Muuucho gusto señora –dice Kathy entrecortada.



– Mucho gusto... Kathy –dice Magaly sorprendida por la inesperada visita– son... amigos del colegio entonces.

– ¡Sí!

– ¡Sí!

Magaly los mira a ambos un poco sorprendida, nunca había escuchado a Leo nombrar a Kathy, y de paso lo está visitando sin ellos tener siquiera una semana de mudados.

– Eh hh, bueno, Kathy –dice Magaly tratando de actuar con naturalidad– ¿te gustaría pasar y tomarte algo?

– Bueno, yo...

– ¡Perfecto! Ah, y ¿ese perrito es tuyo?

– Sí, es mi perrita y se llama Cereza.

– ¿Y viniste hasta acá a visitar a Leo con tu perrita?

Kathy se queda en silencio, no sabe qué decir, mira a Leo, este tampoco sabe qué hacer pero Kathy reacciona rápido:

– Sí, es que... mi papá también está en esta urbanización visitando a unos amigos, entonces como íbamos a venir en la camioneta decidí traer a Cereza para que conociera el parque.

Leo la mira sorprendido, ni a él se le hubiera ocurrido una mejor respuesta.

– Ah, ok –dice Magaly complacida– ya entiendo, bueno, entremos.

Magaly entra a la casa mientras Kathy y Leo se quedan atrás, se intercambian una mirada cómplice, saben que lo mejor es que nadie se entere de su pequeño secreto. Entran a la casa, se miran nuevamente y se ríen, algo les dice en sus adentros que están a punto de empezar una gran amistad, y todo gracias a un ascensor mágico.

FIN







Magda Uzcátegui Armas

(Mérida, 1980) Se graduó en Ciencias Políticas en la Universidad de Los Andes. Ha sido analista y asesora política, trabajadora social, profesora en el área de Ciencias Sociales y librera. En el año 2011 fue merecedora del primer premio del Concurso Nacional para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores en el renglón de Literatura Infantil, con la novela fantástica *Mázepa*. Publicó el libro *La pequeña inventora* (2016). Actualmente incursiona en la escritura de obras de teatro y guiones de cine.

Ludwianna Piñero Pereira (Luna Gogh)

(San Fernando de Apure, 1999) Artista plástico y tatuadora. Estudiante de Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), y de Idiomas Modernos en la Universidad de Los Andes (ULA), ambas en Mérida. Artista 3D en *Macuare Estudio*. Se desempeña como ilustradora y diseñadora gráfica en el Fondo Editorial “Carmen Delia Bencomo” del Ibime, desde febrero del año 2018. Ilustró el libro *En Amarillo* de Miguel Mata, publicado por este fondo editorial.



 @lunagoghart